

ZELMIRA

LEYENDA.

Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia á dos amantes.

EL BR. FRANCISCO DE LA TORRE.

QUÉ orgullosa y magnífica se ostenta
De cúpulas inmensas coronada,
La soberbia ciudad, parda su sombra
Derramando en la vega solitaria!
Cómo erguida levanta la cabeza
Crinada de cien torres, que gallardas
En el azul del cielo se dibujan
De arabescos follajes esmaltadas!
En las torres y alzados alminares
Doradas medias-lunas se levantan,
Nadando entre perfumes aromosos
Que en torno esparce murmurando el aura;
Exhalacion de mágicos jardines
Donde el amor enardecido vaga
Entre flores de eterna primavera,
Del voluptuoso céfiro en las alas.

Álzase al cielo la mezquita inmensa
Do el Almuédano evoca á la plegaria,
Y se asienta en el llano ponderosa
Clavada con cien torres la muralla:
Todo muestra un poder irresistible
Que de hermosura y gloria se engalana;

POESIAS

Todo dispierta dulces ilusiones,
Y anuncia todo á la feliz Granada.

La perla más preciosa de Occidente,
De esplendor y riquezas ataviada;
El Eden encantado cuyo aroma
Ansiosa aspira susurrando el aura;
Del árabe la hija predilecta,
Del halagüeño Oriente trasplantada,
Para sembrar en su fecundo seno
El amor, el deleite y la esperanza!

Como entre mares de abrasada arena,
En el desierto inmenso de Sahara,
Al simoun ardiente desafiando
Se eleva al cielo la robusta palma;
Así entre cien alcázares soberbios,
Como gigante ó colosal fantasma,
Despreciando á los roncós huracanes,
Se levanta magnífica la Alhambra.
Inmóvil centinela que, velando,
Rico tesoro de bellezas guarda,
Y semeja á la imágen del destino
Fija en el mundo la fatal mirada:
Coloso formidable que vencida
Del tiempo respetó la cruda saña,
Y que en la eternidad tendrá un asiento
O echará sus raíces en la nada!

Mirad esa ciudad; ved cuán erguida,
Sombreado del Genil las ondas claras
Que en un lecho de rosas se adormecen,
La tierra oprime con robusta planta,
Y en los cielos sepulta la cabeza
De transparentes nubes circundada.
Mas ¡ay! Esa mansion de las delicias
Do entre perfumes el deleite vaga;
Donde el amor con lánguido beleño

POESIAS

La mente aduerme en voluptuosas zambras,
Al eco de instrumentos belicosos
Oyó el estruendo de guerreras armas,
Y arrojó furibunda de su seno
Inmensas huestes, de furor preñadas,
A devastar los campos de Castilla
Y de Aragon las fértiles comarcas.

¿Qué será del gigante formidable
Que agora asienta con soberbia vana
Una planta de Ménfis en las ruinas
Y en las ruinas de Itálica otra planta? . . .
Veréisle derribado por el suelo
Que ayer como señor le proclamaba,
Triste esqueleto de pasada gloria
Del tiempo envuelto en la corriente rauda:
Y la reina feliz de Andalucía
De los hijos de Omar idolatrada,
Al golpe del acero castellano
Veréisla un día despreciable esclava.
¡Ay del alcázar que en remotos días
Alzó al extraño la traicion bastarda!
¡Ay del poder que de mezquinos siervos
Sostiene agora la venal espada!

I

LA TROVA

La luna brilla entre celajes rotos,
Cual luce la esperanza en el tormento,
Y vierte desde el alto firmamento
Mansos raudales de apacible luz.
Ora se oculta tras de parda nube
Que en torno esparce funeral tiniebla;
Ora aparece á disipar la niebla
Y de la noche el lóbrego capuz.

POESIAS

En el regazo del silencio agosto
Se aduerme la ciudad: ni ya se oía
El destemplado canto de la orgía
Que estremeció los ecos del pensil.
Solo murmura en lánguido suspiro
Céfiro que los cármenes halaga,
O en los alisos y los sáuces vaga
Que sombrean la orilla del Genil.

Al eclipsarse entre celajes claros
La triste diosa de la noche umbría,
El trémulo fulgor de una bujía
Altísima ventana iluminó:

Dorada reja que interrumpe el muro
De fuerte alcázar de marmórea piedra
Do, emblema del amor, crece la hiedra
Que del jardín vecino se elevó.

Regio salon de altísima techumbre
Tras el espeso muro se abrigaba,
Donde el jaspeado suelo se ocultaba
Bajo rico y espléndido tapiz.

Lámpara hermosa de metal luciente
Deslumbradora llama despedía
Que en trémulo vibrar se repetía
De Persia en el vivísimo matiz.

Espléndidos tejidos de damasco
Ondeando cubren el soberbio muro,
Que en follaje sutil el mármol duro
Enlaza apena á la techumbre real.

En pebeteros de labrada plata
Se exhalan, entre el humo vagaroso,
El bálsamo de Persia voluptuoso
Y de Arabia el perfume virginal.

Muelle cojin de púrpura de Tiro
Sobre la rica alfombra sostenía

POESIAS

Fantástica beldad, que se mecía
En dulce ensueño de naciente amor.
Bella, como amoroso pensamiento,
Triste, como ilusion desvanecida,
Su pálida mejilla humedecida
Apoyaba en la mano con dolor.

De la alba toca y cándida guirnalda
Blanco velo flotante se desprende,
Y el cuello alabastrino do se extiende,
Negro el cabello oculta en rizos mil,
Que, impulsados del aura, acaso eclipsan
Dos ojos negros de ardoroso fuego,
Y abrasados tal vez, se acogen luego
Al blanco seno del amor pensil.

Es Zelmira, la flor del Paraíso
Por un amor volcánico marchita;
Su pecho un triste pensamiento agita,
Como el austro conmueve el hondo mar;
Mas se suspende al escuchar la trova
De amante esclavo que el jardin esconde,
Y en melodioso cántico responde
Del cristiano al dulcísimo cantar.

I

Mora de los ojos negros
Prisionera en esa reja,
Llegue á tu lecho mi queja,
Turbe tu sueño mi amor.

¿Qué valen negras prisiones
Sepulcro de mi ventura,
Si hay un astro de ternura
En la noche del dolor.

II.

Cristiano —le respondia
La mora— que en blanda queja,

POESIAS

Cantas al pié de mi reja
Sentida trova de amor;
Ya, tus trovas escuchando
Sonar en la noche oscura,
El eco de mi ternura
Vibró al par de tu dolor.

III

Mora —le dice el cristiano—
Aquesa frente hechicera
Mi mano adornar quisiera
Con la corona de un rey;
Mas ay! que marchita planta
En otro jardin nacida,
Te ofrezco solo una vida
Esclava de opuesta ley.

IV

Gonzalo —canta la mora—
En esta frente hechicera
Ni la púrpura quisiera,
Ni la corona de un rey;
Y diera el Edén risueño
Y amara la triste vida,
Si en tus hogares nacida,
Viviera bajo tu ley.

V

Las puertas de la esperanza
Abriera por vos agora,
Si vos me diérais, señora,
Las llaves del corazon.

POESIAS

Por vos, por vuestro cariño,
Hasta mi cielo trocara. . . .
Solo por vos no cambiara
Mi patria ó mi religion.—

VI.

Débil premio la esperanza
Fuera á tu cariño agora,
Ni darte, la que es señora,
Por vasallo un corazon.

Por ese tu amor, cristiano,
El del Profeta trocara,
Y solo por tí cambiara
Mi patria y mi religion!—

No respondió el cautivo, atenta escucha
La amante mora; al canto peregrino
El golpe de un alfanje damasquino
Con horrisono estruendo sucedió.

Trémula salta á la elevada reja;
Reina un silencio sepulcral, profundo;
Rasga el aire el gemir de un moribundo. . . .
Zelmira con fragor se desplomó.

II

LA FUGA

Hay horas en la mísera existencia,
Horas de llanto y de dolor henchidas,
En que no alumbrá un rayo de esperanza
El lóbrego horizonte de la vida.
El alma entónces, como débil hoja
Por huracan horrisono marchita,
Al torrente se arroja del despecho
Por iracundo brazo sacudida.

POESIAS

Mas si despues del sueño pavoroso
Do la mente agitada se extravía,
Del porvenir en el ignoto abismo
Vislumbre débil de esperanza brilla;
Arrebatada el alma, delirante,
En alas de ilusiones se sublima
Al cielo del placer, y en dulce calma
Se entrega al sentimiento que la anima.
Así en pos de tormentas bramadoras
Que las ondas del mar voluble agitan,
El mar ostenta la azulada espalda
Que en ligero vaiven mueve la brisa.

En el regio salon, do sin sentido
Respira apénas la infeliz Zelmira,
Un cautivo se ve: su ademan noble,
Su prócer estatura, sus altivas,
Penetrantes miradas, su arrogancia
Más el guerrero que el esclavo indican.
Sostiene en brazos á la hermosa mora;
Y en la tierra doblando la rodilla,
Fija en ella sus ojos ardorosos,
Cual si pudiera el fuego con que brillan
De la árabe animar el yerto rostro,
O la llama alentar de aquella vida.

Zelmira vuelve en sí: los negros ojos
Con medroso pavor en torno gira;
De sorpresa y placer un grito lanza
Cuando en los brazos del amor se vía.
Mira en redor; puñal ensangrentado
Sobre la alfombra espléndida divisa,
Para engendrar temores en el pecho
Que á una loca esperanza dió cabida:
Y demandan sus ojos al cristiano,
Y retratan sus lánguidas pupilas
La ansiedad y el temor de la certeza
De una verdad, que acaso ya adivina.

POESIAS

EL CRISTIANO.

La sangre de mi rival
Empaña el arma que ves:
En combate desigual
Pudo el oculto puñal
Tenderle muerto á mis piés.

Como traidor ó villano,
Con el alfanje en la mano
Contra mí se avalanzó;
Pero era más fuerte yo,
Porque nací castellano.

Muerte sangrienta le dí,
Muerte cien veces le diera;
Que solo quererte á tí
Con torpe cariño, era
Un ultraje para mí.

A más que villano fué,
Cuando con traicion impía,
Porque sin armas me vé,
Matarme á oscuras queria
Tansolo porque te amé.

Bajo el traje del cautivo,
Bajo el sello del esclavo
Que imprimiera el hado esquivo,
Late el corazon de un bravo
Tan brioso como altivo.

Que allá, donde fué su cuna,
Postró de la media luna
Cien guerreros á sus piés. . . .
Bendiga Dios la fortuna
Que le hizo esclavo despues.

Bendígate Dios, la mora;
Bendiga tu juventud
Que tanto bien atesora,
Y endulza mi esclavitud
Con las lágrimas que llora.

POESIAS

¿Qué importa la horrenda suerte
Premio á mi valor mañana,
Si hoy gano, señora, en verte
Una gloria sobrehumana
Que no borraré la muerte?

Esclavo, dijo Zelmira,
Y de mi pecho señor,
Tú á quien mi pasion inspira
Un sentimiento de amor
Que entre cadenas suspira;
¿Qué gano hoy en tu fiereza?
¿Qué gano en tan dulce yugo,
Si mañana mi terneza
Verá rodar tu cabeza
Bajo el hacha del verdugo?

Huye á tu patria, cristiano,
Llega al confin castellano,
Y ruega por mí á tu Dios;
Aunque en tormento inhumano
Muramos de amor los dos.

Huye, aunque de otra mujer. . . .
Oh, nunca! . . . acércate aquí;
Sepulta el puñal en mí,
Y moriré con placer
¡Ay! muriendo junto á tí.

Mora, prorumpe el cristiano,
Morir en tu juventud,
Muerta por mi misma mano! . . .
Ven al suelo castellano,
Ángel de mi esclavitud.
Ven á mi patria, mi cielo;
Connigo á Castilla ven,

POESIAS

Libre de injusto recelo;
Que si te amo en este suelo,
Allí te amaré tambien.

Y en dulce anhelar divino,
Y en ilusiones mecida,
Sobre el torrente contino
De un venturoso destino
Flotará hermosa la vida.

Tambien hay ventura allí;
Tambien vive allí el placer
Entre rosas y alhelí,
Y el cariño de mujer
No es estéril como aquí.

Que allí el cariño es señor,
Y no como aquí vasallo;
Porque allí es libre el amor,
Y no apagan su esplendor
Las paredes de un serrallo.

Allá, en los soberbios muros
Que mis mayores alzaron,
Gozar podremos seguros
Delicias que no alcanzaron
Amores torpes ó impuros.

Cien esclavos te daré
Que conquistará mi acero;
Cien tesoros ganaré,
Y á tus plantas, no guerrero,
Esclavo te adoraré.

Calla, murmura Zelmira;
Ten, por Alá, compasion
De quien por tu amor espira,
O arráncame el corazon
Que por tí solo suspira.

Mi razon agora advierte
Que á mi padre he de perder,

POESIAS

Cristiano, ó he perderte;
Y entre el amor y el deber
Solo es consuelo la muerte.

Tu padre! —dice el cristiano—
No he de llamarle tirano,
Que al fin padre tuyo es;
Pero ese recelo vano
Fatal nos será despues:

Que mi cabeza sangrienta,
De los hombros desprendida
Por la cuchilla violenta,
Será á tu vista ofrecida
En venganza de su afrenta.

Y mi cuerpo en la llanura
Cadáver fétido, inmundo,
Despojo en la noche oscura
Será del lobo iracundo:
Ni hallará más sepultura! . . .

Adios, señora, quedad. . . —

—Partamos juntos los dos,
Cristiano. . . Mas no, marchad;
Que seguiros. . . —

—Acabad. . . —

—No puedo! . . . —

—¡Zelmira. . . ¡adios!

—Gonzalo, le respondia
La mora, huyamos de aquí
Antes que la muerte impía
Venga á apartarme de tí. . . —
Y al decirlo, fallecia.

Venga el poder del infierno,
Grita feliz el cristiano,

POESIAS

Venga á arrancar de mi mano
 Aqueste sol soberano
 Para mi ventura eterno.
 Ven á mi patria, la mora;
 Que yo te llevo al placer. —
 —¡Oyes? ya vienen. . . . ahora. . . .
 Huyamos. . . . mi amor te implora. . . . —
 Ah! ya eres mia, mujer!

Dice el cautivo: en amorosos lazos
 El cuerpo ciñe de la infiel querida,
 Y la sostienen sus robustos brazos
 En letárgico sueño adormecida.

Alegre con tan mágico trofeo
 Atraviesa fugaz lóbregas salas;
 Que alienta sus esfuerzos el deseo,
 Y le presta el amor sus raudas alas.

Nadie le viera; estrecha galería
 Le conduce al jardin, y férrea puerta
 Dó un cristiano cautivo le atendia,
 Del pié al ligero impulso mira abierta.

Sale y bendice su feliz fortuna,
 Deslizándose entre árboles y flores;
 Y al débil rayo de la opaca luna
 Mira al objeto fiel de sus amores.

Mas detiéndose súbito, de Abdalla
 Junto al cadáver que la sangre tiñe:
 —Pronto, Manrique —y el cristiano calla
 Y del rival la cimitarra ciñe.

El cautivo se cala albo turbante
 Y ancho albornoz sobre sus hombros deja:
 Sale por fin, con la árabe al instante
 Un bríoso corcel monta, y se aleja.

Ya se pierde en el lóbrego recinto
 De calles solitarias y extraviadas,
 Y en tan confuso, oscuro laberinto,
 Retumban á lo léjos las pisadas.

POESIAS

Llega del muro á un lienzo ruinoso,
 Que la ola del tiempo derrubió;
 Vuela el caballo sobre el ancho foso. . . .
 Un formidable golpe resonó!

III

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Lóbrega y silenciosa está la vega
 Que el rápido Genil fecunda y riega:
 El rayo moribundo de la luna
 No ríela en las ondas cristalinas,
 Ni baña en claridad inoportuna
 Las cercanas colinas.

Ambiente cual de verde primavera
 Mece la flor que encanta la pradera;
 Y del aura fugaz al blando aliento
 Inclínada la yerba tembladora,
 Dormida aguarda al perfumado viento
 Que precede á la aurora.

Reina plácida calma en la llanura,
 En el recuesto, el monte y el altura;
 Y de las sombras bajo el denso velo
 Acallando el murmurio los raudales,
 En el oscuro, soñoliento suelo,
 Deslizan sus cristales.

Mas súbito entre robles mustios, secos,
 De la vega dispiértanse los ecos
 Al resonar del casco sonoro
 De gallardo bridon, de luengas crines,
 Que en el llano galopa, y presuroso
 Traspasa sus confines.

Un árabe cabalga: el aura azota
 Mansa el amplio albornoz que suelto flota;

POESIAS

Y al cabecear del orgulloso overo,
Del turbante á la tela tunecina
Tenaz empuja el céfiro ligero
La espuma blanquecina.

Lleva en los brazos pálida hermosura,
Y le ciñe la mórbida cintura
Y el dulce seno con amantes lazos;
Y la belleza, que de amor espira,
Al cuello le echa los torneados brazos
Y embriagada le mira.

Es el esclavo que á Zelmira adora,
Es la divina, enamorada mora,
Hermoso premio al amador cristiano;
Huyen al paso del corcel ligero
Hasta hallar en el campo castellano
El asilo primero.

El éxtasis ahora á sus dos almas
Entreabre cielos y promete palmas:
Fluye en sus venas sangre enardecida;
Su pecho embarga insólito embeleso,
Y en el labio la voz desfallecida
Se torna en dulce beso.

Largo silencio al fin rompe el cautivo;
Alienta el brío del troton altivo
Con dulce trova ó con sentida endecha,
Al ver cercana la risueña aurora;
Y en grato nudo contra el seno estrecha
A la angustiada mora.

I.

Corre, mi brioso overo;
Pasa el extendido llano;
Corta la niebla ligero,
Y llega al campo cristiano.

286

POESIAS

La tienda allí del guerrero
Cubre el pendon castellano,
Y allí te brinda su sombra
Del prado en la verde alfombra.

II.

Gana la elevada cumbre,
Salva á mi angélica mora
Antes que en roja vislumbre
Sonría al mundo la aurora:
Antes que bañe su lumbre
En las lágrimas que llora
Mi anada; y al verla, sienta
Que tanta beldad la afrenta.

III.

Vuela cual ligera pluma
Que el torbellino violento
Arrastra en la densa bruma;
Tiende tus crines al viento,
Y esparce la blanca espuma
Que templá el fogoso aliento
Cuando corriendo á la guerra,
Tocas apénas la tierra.

IV.

Huye del campo del moro
Y de la viuda Granada,
Que ausente de la que adoro
Mañana gima enlutada
Por su más rico tesoro,
Por la hurí más celebrada;
Y lllore por descubririlla,
Miéntras sonrío Castilla.

V.

No temas el ancho foso,
Ni la intrincada espesura,

287

Ni el alto monte fragoso :
 Que amor á mayor altura
 Sabe llegar presuroso,
 Si en ella está la ventura,
 Y al volver la cara, advierte
 Que está á su espalda la muerte.—

Tras colinas que envuelve nacarada
 Niebla, del alba al vívido arrebol,
 Piérdense ya las torres de Granada
 Dó el Almuédano anuncia el nuevo sol.

Puro, cual sonreír de hermoso niño
 A la mirada del materno amor,
 Entre nubes mas blancas que el armiño
 Apareció del astro el resplandor.

En áspero sendero tortüoso
 Al prófugo cristiano sorprendió,
 Y un cruel presentimiento, envidioso
 De la dicha en el seno derramó.

Del alba el melancólico destello
 La blanca nube no matiza ya;
 Radiante el sol, entre el celaje bello,
 Oblicuos rayos derramando va.

Rápido avanza; en el zenit ya no arde
 Ni lanza á plomo vívido fulgor:
 Templando van las brisas de la tarde
 Con suave aliento el estival ardor.

Al pié de un peñon áspero, escarpado,
 Que defienden en punta riscos mil,
 Gozan breve descanso el fatigado
 Guerrero y la doncella del Genil.

En torno de ellos al amor rendidos,
 Mueve sus alas lánguido el placer;

Y en dorada ilusion adormecidos,
 Dejan el tiempo rápido correr.

Densa nube de polvo vagarosa
 Cubre el camino que el esclavo holló:
 Por instantes se acerca presurosa;
 Gente mora el cautivo divisó.

Es su caudillo el padre de Zelmira;
 Veinte ginetes corren dél en pos:
 La mora casi de dolor espira;
 El cristiano encomiéndase á su Dios.

Teme Zelmira de Reduan la saña,
 Del cristiano á los brazos se arrojó;
 Él la abraza, y por la áspera montaña
 Como los vientos rápido trepó.

Sus miembros agitaba horrenda grima,
 Cuando en los riscos asentaba el pié;
 Mas llega al fin á la elevada cima,
 Cuando en la falda al enemigo vé.

Diez ginetes se apean, la alta sierra
 De Reduan á la voz quieren ganar:
 Muerden tras largo batallar la tierra;
 Del peñasco hasta el pié véense rodar:

Que de la cima el prófugo cristiano
 Una nube de piedras arrojó. . . .
 La planta del altivo musulmano
 Sobre los rotos cráneos resbaló!

Cien ballesteros entre el polvo denso
 El moro via con placer llegar:
 Llegan, y víose hácia el peñon inmenso
 Una nube de flechas arrojar.

Gonzalo con furor se defendia
 Muertes enviando al aterrado infiel:
 En brazos de la mora fallecia,
 Sangre vertiendo, el mísero doncel. . . .

Morir sin venganza! . . . clamaba el cristiano,
 A un rayo del cielo tú hueste sucumba!

POESIAS

Poder del abismo. . . ¡quién diera á mi mano
Al par que él la mia, cavarle su tumba!

La muerte sus alas despliega callada;
En sombras envuelve mi pálida sien,
Y muero sin verte ¡oh madre adorada!
¡Te pierdo, Castilla! ¡Te pierdo, mi bien!

No llores, Zelmira, al ver mi despecho;
Maldice conmigo mi bárbara suerte:
Perdon, si el sepulcro te brindo por lecho,
Si en vez de la dicha, te ofrezco la muerte.

De amor ante el ara y en fuego inexhausto,
Nuestra alma debía su esencia exhalar:
El ara reclama sangriento holocausto,
Y debo en mi ruina mi amante arrastrar.

Yo muero, Zelmira. No el fétido ambiente
De tumba cercana quebranta mi brío:
Tu horrible destino subyuga mi frente;
Que un negro cadalso te alzó el amor mio.

Mañana entre acentos de bárbara orgía
Tu extremo suspiro se apague tal vez;
Mañana contemple tu lenta agonía
Con ojos enjutos la plebe soéz. . . .

—Muramos; no temo, responde la mora,
El grito de muerte que en torno retumba:
Con tu alma la mia, que ciega te adora,
Se lance á las sombras que esconde la tumba.

Muramos agora, mi fiel castellano;
La nada surquemos unidos los dos. . . .—
Abrazame, hermosa, le dice el cristiano;
¡Zelmira! —¡Gonzalo! —Recíbenos, Dios!!

Al punto de la cumbre despeñados,
Dos cuerpos que ántes animó la vida,

POESIAS

A la falda descenden abrazados,
Con golpe atroz é innumerable herida
Los palpitantes miembros lacerados.

Huye Reduan en llanto y con sonrojo;
Y en compasivo horror la gente mora
Contempla y guarda el infeliz despojo
En fosa humilde que el laurel decora.
¡Nunca vió amor tan admirable arrojó!⁵

Febrero de 1842.

